

los Prelados adictos á su comunión , y continuada hasta des-
 pues de la muerte del santo Patriarca.
 Violencias cometidas por los Donatistas y sus circunceliones,
 hácia el año 404.
 Furores de los Pelagianos en Palestina despues del Concilio de
 Dióspolis , celebrado en 415.

~~~~~  
 SECTARIOS.

Vigilancio..... 406.  
 Pelagio..... 408.  
 Celícolas..... 409.  
 Celestio..... 412.  
 Caída de los Donatistas en..... 412.  
 Juliano de Eclana..... 418.

Discurso

sobre la primera edad de la Iglesia.

Aunque para someter el entendimiento al yugo de la fe bastará  
 conocer á fondo la Religión cristiana y seguir su historia ó la  
 de la Iglesia , que viene á ser lo mismo , con tal que el corazon  
 se muestre dócil á las impresiones de la gracia ; sin embargo, no  
 será fuera de propósito insinuar las reflexiones mas propias para  
 conseguir este fruto. Por tanto , ya que hemos llegado á la mi-  
 tad de la edad primera , que abraza seis siglos y comprende una  
 parte , quizá la mas importante de nuestra carrera , nos deten-  
 dremos en ella como en el punto de vista mas á propósito , no  
 menos para ver como de un golpe lo mas digno de memoria que  
 se contiene en el espacio que hemos recorrido , que para dar una  
 ojeada sobre lo que nos queda que caminar. La significacion ge-  
 neral de la Iglesia comprende la congregacion de los fieles de to-  
 dos los tiempos , ó la sociedad visible de los hombres que pro-  
 fesan la verdadera Religión : pero no es mi ánimo tomar la nar-  
 racion desde tan alto , y sí hablar de la Iglesia que se llama  
 Cristiana , y observar en los tiempos antiguos lo que nos sirva  
 y conduzca á manifestar la sabiduría de Dios respecto del esta-  
 blecimiento y propagacion de la fe , único objeto de nuestras re-  
 flexiones. Pero al mismo tiempo convendrá recordar el trastorno

que el pecado causó en el orden primitivo, dejando al linage humano envuelto en las tinieblas de la ignorancia, hecho el juguete de sus pasiones, despojado de sus nobles sentimientos, y por necesaria consecuencia en estado de degradacion, debilidad, pobreza y desventura: pues rotos en parte, y en parte debilitados los vínculos de la virtud y de la honestidad, se debilitaron tambien los lazos sociales en mil modos, y en gran manera se relajaron. Tropas de hombres medio salvages y casi embrutecidos mútuamente se hicieron los unos objeto del terror de los otros, sin quedarles mas que la natural semejanza, que fue la que en cierto modo mantuvo algun resto de amor y union, y estos en muchas cosas menores y mas débiles que los de los irracionales, los que no teniendo tantas necesidades y objetos que apetecer como el hombre, tienen tambien menos motivos para huir unos de otros y atentar mútuamente á su destruccion. En tan triste estado ocupando á los hombres las necesidades y peligros del cuerpo, perdieron casi el uso de las facultades intelectuales: se alteró la naturaleza tan bella en su produccion, se obscurecieron las ideas, y aunque el germen de la razon subsistia, entorpecieron los sentidos su egercicio primario y principal. Verdad es que desde la antigüedad mas remota se vieron pueblos numerosos, en los cuales parecia que se observaban con mayor exactitud los derechos de la humanidad, ó á lo menos las leyes de la sociedad humana, pero ¿qué fueron aquellos grandes estados que se levantaron con el soberbio título de imperios universales, si se comparan con todo el mundo? ¿Qué fueron en cuanto á los dogmas y costumbres las luces de los magos Persas, de los Sacerdotes Egipcios y de la Grecia toda? El resultado de las mayores confederaciones no fue otro que reunir mas vicios y

estravagancias; y no de otro modo que acontece en los aduares de los bárbaros, la necia supersticion y estúpida idolatría obscurecieron cuasi hasta la ley de la naturaleza.

Sin embargo, nunca faltaron hombres de ingenio superior, que ó fuese en fuerza de su raciocinio, ó en virtud de constante aplicacion en recoger los restos poco conocidos de las antiguas tradiciones, como amantes y admiradores de la sabiduría se sobrepusieron á la mayor parte de los errores del vulgo respeto de la religion y de las costumbres. Cuando las naciones civilizadas formaban ya un solo pueblo, cuyo centro y capital era Roma, reuniendo la filosofía estos descubrimientos, que andaban sueltos, y tomando la mayor parte de los monumentos judáicos, pues ya concedian el derecho de ciudadano á los Judíos, la fuerza de la verdad y esplendor de la luz llegó á tal punto, que parecia iba á disipar las tinieblas del gentilismo. A lo menos los objetos de que era capáz la razon, examinados por tantos entendimientos filosóficos, daban á entender que estaban ya en proporcion de acomodarse mas á la inteligencia y conocimiento del vulgo. Pero aquellos sabios, que falsamente se aplicaron este nombre, bien lejos de iluminar á los pueblos ocultaron cobardemente la verdad, y la tuvieron como prisionera: porque habiendo conocido á Dios continuaron tributando honores divinos con el vulgo fascinado á los vanos simulacros de hombres, de animales, y de criaturas quiméricas de toda especie. De este modo, á escepcion de algunos Gentiles que frecuentaban las sinagogas esparcidas por algunas partes de Europa y Asia, el Criador solo era conocido en Judea. En cuanto á la ciencia de la moral, se ponian en cuestion los principios mas incontestables, á causa de la eterna oposicion con que se miraban las diferentes sectas, y

venian á ser como un problema ó paradoja mas proporcionada á divertir los genios disputadores , que propia para influir en la mejora de las costumbres. Así encaprichándose los hombres mas y mas en su ciencia , segun los reprende el Apóstol , se entregaban á las pasiones mas ignominiosas , y á escesos no solo contrarios á su sabiduría especulativa y estéril , sino capaces de degradar al hombre y hacerle inferior á los irracionales. A pesar de esto podremos decir , que el espíritu humano cansado y confundido con errores tan monstruosos , veía en cierto modo la profundidad de sus llagas , y se mostraba dispuesto á recibir el remedio.

Pero ; cuántos prodigios debia obrar el Reparador prometido que habia de hacer á la naturaleza participante de la gracia , tanto para extinguir el venenoso germen que la viciaba en su origen , como para hacerla producir frutos que agradasen al Dios de toda santidad ! Este es el prodigio que vamos á considerar en la primera edad de la Iglesia ó en sus primeros seis siglos ; siglos de luz y de fervor , y por consiguiente los mas propios para darnos una idea tal cual la merece nuestra Religion , y probar su verdad y cuan necesaria era á los hombres. Con el fin de que esta prueba sea mas completa y eficaz , antes de contemplar el maravilloso establecimiento y propagacion de la Iglesia , la consideraremos en sí misma , fijando nuestra atencion en la escelencia de la fe cristiana , y despues en el curso dilatado de su edad primera : observaremos el portento de su conservacion , tan digno de notarse : aunque esta es otra de las pruebas mas fuertes en que se ve la perpetuidad de la obra de Dios en las edades subsiguientes.

Y en primer lugar , no hay cosa que tanto sorprenda como

el ver la pintura de la Iglesia en su edad primera. Aunque es natural condicion de todas las instituciones ser imperfectas é informes en sus principios , con todo no sucedió así con el cristianismo , el cual apenas se dejó ver en el universo , cuando llevó tras sí la admiracion de infinita multitud de hombres de equidad y de juicio. Traigamos á la memoria lo que se dijo de la vida celestial de los primeros discípulos , del desprendimiento de los bienes terrenos , de la generosa caridad que hacia comunes entre ellos sus riquezas , poniendo cuanto poseían á los pies de los Apóstoles , sin quedarse mas que lo necesario para vivir con sus hermanos los pobres , y cortando en este modo de raiz la codicia , el orgullo , el regalo , la injusticia y toda iniquidad. Recordemos las reglas de moral dirigidas por estos modelos y consignadas en sus monumentos divinos. A pesar de la corrupcion del mundo , ¿ con qué admiracion no debia mirarse un cuerpo de doctrina sencillo pero sublime , compuesto de máximas las mas conformes al buen sentido y á la verdad , á la honestidad y á la razon , en lo que escedia con desproporcion admirable á cuanto enseñaron los sabios de todas las naciones y de todos los siglos !

Si los enemigos de la Religion cristiana han querido disputarle esta gloria , se han visto precisados á trocar hasta las primeras nociones de la virtud y de la verdad , y han pretendido variar las esencias inmutables de las cosas aun mas que el interés de las pasiones ; pues intentan nada menos que sacar el origen de nuestros pensamientos de la indivisibilidad de las partículas materiales. ¡ Extraña lógica ! Pero estaba reservado para la falsa filosofía del siglo diez y ocho tan original trastorno de todos los principios de la razon , y de los que pretenden adoptar-

los. Así como hubiera sido extravagancia en los filósofos mas célebres de la antigüedad afirmar clara y públicamente, que llegaría tal vez el tiempo en que los axiomas hasta entonces tenidos como tales, vendrían á ser falsos; se hubieran avergonzado tambien de publicar, que es flaqueza de espíritu venerar las impresiones primeras de la virtud que grabó en lo mas íntimo de nuestra alma la misma naturaleza ó la razon eterna, que ha sido una y la misma en todos los entendimientos y en todos los tiempos: se hubieran avergonzado de decir, que la docilidad á la voz de la conciencia y el disgusto de los remordimientos son una timidez pueril, ó que el pudor no es el mejor adorno de una muger, sino efecto despreciable de la preocupacion: y se hubieran avergonzado por último de afirmar, que vicio y virtud son dos palabras que carecen de sentido. Los Gentiles á pesar de lo sumo de su depravacion, vieron admirados en el Evangelio la gran luz de su doctrina respecto de las obligaciones individuales, y el conjunto de verdades, que sin mezcla de perversion ó falsedad, dirigen y santifican las costumbres. Por esto se decidian á abrazar el cristianismo segun el grado de aficion ó indiferencia con que miraban la virtud. Tertuliano en el tiempo mismo de las persecuciones se esplicaba de esta manera: „jamás ha amado sinceramente la virtud el que mira con odio nuestra Religion; y por eso el primer perseguidor de la fe ha sido el tirano mas vicioso, y podemos juzgar de su escelencia por el odio que Neron la tuvo. Nada se omite en la moral evangélica, y nada se lleva á un extremo contrario á la razon: todo conduce en ella á la perfeccion y felicidad del hombre, al buen orden de los pueblos, á la seguridad en su comercio, y á las conexiones todas que unen entre sí las sociedades. En una palabra,

obsérvense las máximas del Evangelio, y será el hombre lo que debe ser tanto para los ojos de su conciencia como para los de Dios.”

Limítanse las leyes humanas á prohibir los delitos mas enormes ó groseros. »Ya es mucho para vosotros prohibir el incesto y adulterio, decia San Gregorio Nacienceno á los Gentiles de su tiempo: en el Cristiano una mirada apasionada á una muger es un delito. Abstenerse de la torpeza y de cualquier otro vicio vergonzoso no es un elogio para este; porque hace profesion de crucificar su carne para evitar su rebeldía. Vosotros, añade el mismo Santo, prescribís el amor á los padres y á la patria; pero nosotros profesamos tener á todos los hombres, sin escluir á nuestros mayores enemigos, el amor que nos tenemos á nosotros mismos. Por lo que hace al juramento, no solo está prohibido á los Cristianos el jurar en falso, sino tambien jurar en vano. En cuanto á las riquezas si en realidad no las desprecian nuestros hermanos, se les manda poseerlas como si no las poseyesen, ó que no tengan el corazon pegado á ellas. Y ¿cuán lejos no estaremos de robar á otros los que debemos soltar la túnica si nos quitan la capa? Bendecimos á nuestros perseguidores, y si nos dan una bofetada en la megilla derecha presentamos la izquierda cumpliendo con el Evangelio. Decidme ahora ¿será esto disposicion para dejarnos arrebatat de la ira, y para decir injurias, para calumniar ó levantar falsos testimonios? Vuestros legisladores solo tratan de reprimir las obras; nuestras leyes se dirigen á la raiz del mal, á los pensamientos y á la sensacion; y ¿qué mas? hasta la falta de vigilancia castigan, porque es reprehensible entre nosotros quedarse en el grado mismo de virtud sin esforzarse á subir á otro mas alto.”

Pasemos adelante en este paralelo, y examinemos exactamente y con pleno conocimiento de la materia, como los sabios mas célebres en algun punto de la moral se contradecian en otros muchos y se deshonoraban. Entre estos, que tomaron el nombre de amantes de la sabiduría, unos permitian el hurto egecutado con destreza, otros desafiaban con arrogancia á los que veían poco favorecidos de la fortuna. Los obscenos discípulos de Epicuro decian, que la perfeccion y felicidad se cifraba en apurar el goce de los placeres. El orgulloso Estóico al mismo tiempo que hacia mil elogios de la virtud, la conocia tan mal, que lo mismo era para él degollar á su padre que irritarse contra el vil insecto. El mas famoso entre ellos, en su plan de república, que será un perpétuo monumento de los estravíos de la razon humana, cuando no la ilumina la antorcha de la revelacion, Platón, á quien llamaron el divino los panegiristas de la idolatría, desecha la fidelidad y estabilidad del matrimonio: y si no es digno de las reconvenciones que se le hacen acerca del uso comun de las mugeres, á lo menos intentó sancionar como otras tantas leyes mil costumbres licenciosas que contribuyen igualmente á desterrar la honestidad. Era costumbre legal en algunos pueblos maldecir de sus dioses cuando parecia que tardaban en mostrárseles propicios. Otros suponian que hacian un obsequio á sus divinidades domésticas degollando á los huéspedes. Bien sabido es cuanto ocultaban el fanatismo, las iniciaciones, y todos los misterios orientales, segun los qué los padres sacrificaban á sus hijos, consagraban la deshonor de sus hijas, y cometian otros crímenes todavía mas abominables. Estas fueron las consecuencias prácticas de las especulaciones de los maestros mas famosos y de sus discípulos.

Paso en silencio una multitud de misántropos, triste ludíbri de su orgullo, que esforzándose en variar los unos la forma de los otros, dieron por fin en los estravíos mas contrarios á la razon. Ni hablaré de aquel censor que solo esceptuó sus vicios entre las causas que le hacian llorar continuamente: ni del cínicco ridículo que en medio del dia buscaba un hombre con su linterna en la mano, y por el placer mezquino de la ostencion se contentó con vivir dentro de una cuba: ni del otro soberbio vagamundo que arrojó sus riquezas al mar, para ir diciendo de costa en costa que todo lo llevaba consigo. Omitamos hablar de ellos, pues no tratamos de censurar lo ridículo sino los crímenes. Hasta la muerte misma de Sócrates, cuya vida no dejó de tener sus lunares, se deshonoró por el respeto humano que le obligó á ofrecer á Esculapio un sacrificio estravagante. El Emperador Romano cuyo elogio costó á Plinio treinta años de trabajo, se abandonó á las mayores infamias. El tan celebrado gefe de la escuela peripatética no pudo disimular su pasion á una muger pública.

Otros muchos hicieron famosa su muerte ó por los excesos ó por la desesperacion con que se quitaron la vida. Nadie ignora los impíos y crueles horrores de las juntas nocturnas del apóstata Juliano y de sus helenistas. Los impostores que dieran tan bellas lecciones de modestia y desinterés, no por eso eran menos reprehensibles en el modo con que aspiraban á los honores y bienes de fortuna. El cínicco mismo de quien hemos hablado, aquel cínicco despreciador del fausto de Platon, pisaba su orgullo pero con soberbia mas intolerable. Uno de los mas infames aduladores de Alejandro, se dice que fue su maestro mismo. Pitagoras y Zenon intentaron usurpar el poder supremo. Y últimamente pe-

reció Hippias por haber querido ser el tirano de su patria. Tales eran los corifeos de las sectas que mas se preciaban de virtud; porque no hablo de Epicuro ni de su secta ó por mejor decir piara, como la llamaron otros filósofos, que solo con este nombre nos dan exacta idea de su honrosa doctrina y de las únicas obligaciones que reconocia.

Bastará cotejar esta pintura, no digo con los venerables gefes de los primeros Cristianos, sino con la multitud indistinta de sus discípulos, para conocer y ver claramente en cual de los dos extremos se halla la ventaja. ¡Cuán edificante, y al mismo tiempo cuán verdadero es el retrato que nuestros primeros Doctores hacen de cada una de aquellas almas pacíficas y benéficas aun con los enemigos mas crueles. » Bien conocéis nuestro candor y nuestra fidelidad á pesar de vuestras persecuciones, (decia á los tiranos de su siglo Tertuliano, con aquella noble fortaleza que da el testimonio de la buena conciencia). Nosotros con la cabeza desnuda y levantando al cielo nuestros puros ojos é inocentes manos dirigimos á Dios votos fervorosos por el Imperio y el Emperador: y los ofrecemos llenos de confianza, porque van acompañados no de unos pocos granos de incienso, ó de algunas copas de vino quitadas á la avaricia, ni con la sangre infecta de algun toro moribundo, sino con el tributo digno de un cuerpo casto y una alma pura. No celebramos, es verdad, las fiestas del Príncipe con escesos vergonzosos como vosotros, porque nos parece le deshonraríamos egecutando en los dias de sus fiestas lo que profanaría cualquiera otro de los del año. No gritamos como vosotros: *Júpiter, quita de nuestros años para añadir á los del César.* No profieren los Cristianos sus oraciones con esta engañosa ostentacion, y se contentan con que Dios les oiga. ¡Y

qué súplicas son mas sinceras? ¿De qué religion era un Niger y un Albino? Jamás fueron del número de nuestros hermanos los rebeldes que con el puñal y la copa del veneno en sus manos se entran por el palacio, aunque nuestros hermanos tienen ya parte en todos los empleos del Estado. Vosotros mismos los reconocéis por los soldados mas fieles y valientes. Jamás habeis reprendido por cobardes á los que beben con su religion el desprecio de los placeres y dolores. ¿Hay alguno de nuestros hermanos que pronuncie sentencias injustas en los tribunales, sabiendo que Dios juzgará á los mismos que egercen la justicia? ¿Nos pueden echar en cara ó el ser traidores á la amistad, ó en el comercio infieles ó fraudulentos? Antes por el contrario, nos debe la república el que vivan los pobres miserables, que á no ser por nuestra liberalidad casi todos perecerian.»

El mismo elocuente Apologista sacando la ilacion de estos principios, y desafiando generalmente á los perseguidores, sobre que no hallarian vicio alguno en las santas víctimas del martirio, con toda seguridad afirma: «Oh! cuánto daño haceis al Imperio proscribiendo así á los mas virtuosos ciudadanos! Yo apelo á vuestras sentencias, magistrados, destinados para limpiar la tierra de los malhechores que la inficionan: entre tantos culpados como condenais ¿quiénes son los ladrones, los asesinos, los perjuros, los enemigos de las buenas costumbres? ¿Hay por ventura entre ellos algun Cristiano? Y si en vuestras cárceles teneis detenido alguno, ¿no es su único delito ser Cristiano? Los juicios mismos con que quereis amancillar nuestra honra, son nuestra mas bien fundada gloria. Cuando condenais á la brutalidad de un libertino á nuestras honestas doncellas, que oyen impávidas los rugidos de los leones, manifestais en eso mismo, que

para un Cristiano es mayor desgracia la pérdida del honor que la de la vida."

Si consideramos la caridad y mútua union de los fieles no solo en los primeros tiempos de la Iglesia, sino aun mucho despues, fuè tan admirable y tal, que despertó la emulacion de los idólatras. Ya hemos podido advertir, que Juliano Apóstata despues de mil esfuerzos que hizo para establecer entre sus he-lenistas la concordia y maravillosa union cristiana, viendo que sus tentativas le salian inútiles, hizo á sus sacerdotes reconven-ciones las mas humillantes. Aunque pierde su vigor la virtud porque se egercita menos, aunque la caridad se resfría porque la iniquidad abunda; siempre hemos observado y tendremos frecuentes ocasiones de advertir, que de tiempo en tiempo se dejan ver almas tan elevadas y estraordinarias, que con su celo y egeмпlos restituyen las costumbres cristianas á su integridad primera, y no solo en los primeros siglos, sino en todos tiempos y países se han visto y verán siempre modelos de perfecta justicia, á pesar del torrente de la perversidad. No se puede negar á lo menos que el cristianismo abolió los escesos que mas deshonoraban la naturaleza humana; y ha desterrado la torpeza horrible, cuyo nombre no nos atreveremos á proferir. Los poetas y aun los filósofos Paganos conservaban entre sí mirando con indiferencia esta torpeza: pero el Evangelio de tal modo ha re-formado las ideas en esta parte, que desde su promulgacion mi-ramos á los que á ella se entregan como á otros tantos mons-truos, dignos de ser esterminados con el fuego, y con todo cuanto pudiera perpetuar la memoria de sus infamias. ¿No ha estinguído el cristianismo los sacrificios de las víctimas humanas en todos los pueblos donde se ha estendido? La fe, la fe sola

pudo conseguir, que los bárbaros adoradores de Moloch y otros demonios homicidas, no se alimentaran de la sangre mas preciosa, que no sacrificasen los Romanos á sus semejantes en obsequio de Júpiter Lacial, y que no ofrecieran los Griegos su propia sangre á los manes de sus muertos ilustres del mismo modo que á sus dioses. El Evangelio ha introducido cierta especie de clemencia y humanidad hasta en los horrores de la guerra: al menos ha corregido la enorme atrocidad de las antiguas, en las que no se conocia el derecho mas sagrado de las gentes, en que los guerreros mas distinguidos por su valor eran degollados á sangre fria, y en que el uso habia autorizado costumbres, que las nuestras ni aun pueden concebir. Tales eran el quitar la vida al niño que apenas habia salido del vientre de su madre, pasar á cuchillo á las legiones vencidas y desarmadas, poner en cadenas pueblos enteros, atar á los Reyes y Reinas al carro del vencedor triunfante, sujetar á las matronas de alta clase á ultrages menos tolerables que la muerte misma. En fin, nuestra Religion amiga de los hombres y tan digna de ser amada, como luego lo veremos, y señora benéfica de las naciones, parece no se halla todavía satisfecha hasta que abroque legalmente, ó con su sabiduría anule el derecho injusto de la servidumbre ó esclavitud. ¿Y qué diré del matrimonio? Ella sola pudo restituirle su unidad é insoluble permanencia que tuvo en el principio, y unir sus lazos en tan diferentes climas y con tanta firmeza. Por lo dicho podrán convencerse los que sean capaces de razon y persuasion, de que ninguna escuela puede entrar en paralelo con la Iglesia Cristiana sobre la enseñanza práctica y favorable á las costumbres.

Mas sobre los puntos meramente especulativos, ó que solo